

## EDITORIAL • LA CIUDAD INQUIETA

CARLOS GUEVARA MEZA  
DIRECTOR

Tal vez sea cierto que hay, al menos, una ciudad que “nunca duerme”. Pero también lo es que todas las ciudades sueñan y se sueñan. Recuerdan su pasado, sienten aún el dolor de sus cicatrices viejas y nuevas. Imaginan su futuro y una especie de “inconsciente” (para seguir con la metáfora) negocia como puede sus múltiples traumas y sus complejas contradicciones. Y el cine, “fábrica de sueños” al fin e hijo de la ciudad también, la acompaña en sus deseos reprimidos, en sus perversiones y en sus pesadillas.

La acompaña, además, en sus heroísmos, en sus esperanzas y en sus mejores actos de bondad y civilización, por supuesto. Sin embargo, ante la increíble cantidad de problemas y conflictos que parecen desbordar la ciudad cada minuto, al grado que parece imposible que no devenga en catástrofe más a menudo, es claro por qué llama más la atención (del cine y de nuestros apreciados colaboradores en este número) su “lado moridor” que decía el gran Revueltas.

Desde la anomia que parece afectar y derivar en delincuencia tanto en el *Perro callejero* (la película mítica -entre las clases populares- de Valentín Trujillo) como en los *mirreyes* de los más lujosos, exclusivos y *excluyentes* condominios, sin más diferencia entre sí que la impunidad de la que gozan los últimos y nunca tendrán los primeros; hasta la fantasía de la destrucción total de la ciudad a garras (o patas) de algún monstruo, y no importa si es del espacio o nuestra propia (involuntaria) creación o somos nosotros mismos: a fin de cuentas se trata de nuestra sensación de que la complejidad ha llegado a tal punto que no hay remedio posible y el desastre, inminente o no, es inevitable.

La utopía parece que debe esperar, aunque muestre sus atisbos en alguna escena de fondo, filmada o no, tanto en el cine como en la ciudad. A riesgo del kitsch (que como dicen nuestros editores invitados -miembros fundadores destacados del Seminario de investigación *Ciudad global y producción cultural* del Cenidiap-, siguiendo a Benjamin, tiene también sus profundidades filosóficas y estéticas), la utopía o las utopías posibles aparecen de pronto en la planta que crece entre el asfalto, en el beso adolescente bajo el reloj del metro, en los inesperados afectos y solidaridades que la ciudad prohija en medio de sus muy ciertas violencias diarias, en la música que cual *soundtrack* nos acompaña de pronto en nuestro continuo fluir urbano.

El cine es también documento de la ciudad que fue, de la que pudo ser y de la que podría ser todavía si no renunciáramos a la memoria de lo que estuvo en juego alguna vez, de lo que fue catastrófico a la larga y de lo que alguna vez soñamos que sería. Porque algo queda claro: tanto la ciudad como el cine son siempre “imagen en movimiento”, nunca se detienen. Detenerse es perder el sentido. ▽

Carlos Guevara Meza  
Director